

idolatrías, en este contra veneno de los tóxicos de las culpas? ¡Tú eres, Soberana Señora, la que, como afirma la Iglesia, quebraste la erguida cabeza á la hidra de las heregías de todo el mundo! ¡Y tú, milagrosa Imagen de Guadalupe, la que ataste al demonio, y ahogaste en todo este Nuevo Mundo Mexicano, el Dragón de siete cabezas: la idolatría! ¡Pero qué mucho si tú eres, Señora, también, la que al mismo Dios le atas las manos para que no descargue su ira contra nosotros, que tan merecida la tenemos por nuestras culpas?

CAPITULO XXVIII.

Refiere un caso raro que sucedió en México al tiempo de escribirse esta Relación, que se ha tenido por milagro de la Santa Imagen.

El caso que voy á referir, tiene por testigos á los más de México, que unos lo vieron y otros lo oyeron á los muchos que lo atestiguaron de vista; y aunque de él está puesta en el Santuario, con permiso de los Superiores, una pintura, con relación suscita de su historia al pie de ella, yo lo escribiré según y como me lo contó la misma señora á quien sucedió; y si bien es de circunstancias tan admirables, no me atrevo á darle nombre de milagro, aunque lo parece, sino que reservando la calificación legítima á quien toca de oficio, que es el Ordinario, lo expongo á la prudente censura de quien lo leyere, que sentirá de él como á su dictamen ó á su piedad pareciere.

En la esquina de la plaza principal de México, de la calle de los Plateros, que está en frente de los portales de los Mercaderes, vive Agustín Sinoesio, vecino honrado de dicha ciudad, casado con María de Narvaez, matrona de calificada piedad, en particular para con la milagrosa Señora de Guadalupe, á cuya devoción atribuye haber escapado, en años pasados, de un tabardillo complicado con una maligna disenteria y sobre parto, de que estuvo ya deshauciada. A esta señora, andando visitando las oficinas de su casa, á 19 de febrero de este año de 1,687, al pasar cerca de un pozo que está en un pasadizo que va á la cocina, como á las seis de la mañana, le dió un vahido de cabeza; y pareciéndole que toda la casa se movía de abajo á arriba, se asió fuertemente, con ambas manos, de una escalera portatil que por lo bajo estribaba en el brocal de dicho pozo. Como es mujer corpulenta y de mucho peso, con él, y la fuerza que

hizo, la trajo hacia sí al claro del pozo, con que la escalera cayó en él, y ella con la escalera, cabeza abajo se hundió en más de vara y media de agua que tenía de profundidad, hasta topar en el fondo, en que se descalabró malamente. Al caer, invocó á la Virgen, diciendo: ¡*Madre de Dios de Guadalupe, mis hijos!* Al ruido, y á estas voces, acudió una muchachuela que sólo venía detras de ella, que viéndola ya caída en el pozo, subió á lo alto de la casa diciendo: *Señora se cayó de cabeza en el pozo.* Bajó su marido, y asomándose á él, no vió de ella más que un pie descubierto, y fuera del agua, que movía con fuerza. Viéndose solo, y que solo él, no había de poder suspenderla ni sacarla, dió voces á los criados que viniesen á ayudarle, y como se tardaban, salió á la calle y pidió á los que pasaban ayuda. Volvió con algunos hombres, que asomándose al pozo, y viéndola mover el pie que sólo se descubría, dijeron que eran las ansias de la muerte, y que sería imposible sacarla viva. Sin embargo, entró su marido como pudo, y asiéndola con todas las fuerzas, del pie, para levantarla, no pudo; pidió una reata, y echándole á él un lazo, y tirando, así él como los muchos que al ruido habían ya acudido de la calle y de su casa, en grande rato, que sería más de media hora, no hicieron más efecto que lastimarla y ensangrentarle la pierna con el luir de la soga, y ayudarla á ahogar más en breve, como á ellos les pareció, porque teniéndola ya por muerta, trataron de sacar el cuerpo. Arrojóse un negro esclavo suyo, y por un lado del pozo (que es tan angosto que apenas cabía) se zambulló, y volviendo poco después á sacar la cabeza, dijo: *mi señora está viva;* porque vió y observó, que con las manos y la cabeza, hacía fuerza en el suelo para levantarse. Y volviendo á zambullirse, le desembarazó el otro pie, que en unas estacas, con que está fortificado el pozo, lo tenía cogido; y echándole otro lazo á él, y metiéndose debajo de los hombros, la solvió con los suyos y con las manos; y los de fuera con las dos sogas, y él con la fuerza que hizo, al fin sacaron el cuerpo después de más de una hora que estaba dentro del agua. Pusiéronla tendida sobre el brocal, y mirándola con cuidado, reconocieron que estaba viva. Lleváronla en hombros á su cama, abrigáronla, y con remedios que le aplicaron, dentro de otra hora volvió en sí, habló y conoció á los suyos que estaban al rededor de la cama, y se halló tan alentada, que dió esperanzas de escapar de la muerte. Dentro de pocos días se levantó buena, y sólo le quedó un pie lastimado de la soga con que le tiraron, y la herida de la cabeza que dije. Yo la visité, y su marido y ella me contaron lo escrito. Pregúntele: ¿qué diligencia hizo luego que cayó? Respondióme, que invocó á Nuestra Señora con aquellas palabras que arriba escribí; que luego que se vió con la cabeza

dentro del pozo, se puso la mano en la boca para que no le entrase agua en ella, y estuvo con el corazón llamando á la Virgen, mientras no perdió los sentidos; que estuvo por largo rato tan en sí, que oía las voces, y entendía las palabras que su marido y los demás hablaban; que el mover el pie que tenía fuera del agua, era hacer seña para que la socorriesen; que duró largo rato, pero que no sabía qué tiempo, porque luego que hicieron diligencia para sacarla, perdió el sentido; que en el tiempo que estuvo debajo del agua, no le entró ninguna, ni por boca, oídos ni ojos. Y su marido y demás personas testifican, que no volvió ninguna agua, ni se sintió agrava-da de ella, como suelen aún los que están poco tiempo dentro del agua. Este fué el caso, que es muy particular, y que no parece que pudo suceder sin milagro, por las razones siguientes:

La primera, por el largo tiempo que estuvo dentro del agua, que me testificó dicho Agustín Sinoesio, que sería de una hora, antes más que menos, sin poder naturalmente respirar. La segunda, porque estar una mujer tan gruesa y corpulenta como es dicha María de Narvaez, en la postura inversa que he dicho, sin que la sangre la ahogase, no parece que cabe en las fuerzas de la naturaleza. La tercera, no haberle entrado agua ninguna por la boca ni los oídos. La cuarta, haber estado en sí en un conflicto tan apretado, cuando lo primero que acaece á los que se hunden en el agua, es perder del todo los sentidos. La quinta, que á mi me toca, es, porque haber invocado con tanto ahinco antes de hundirse y después de haberse hundido, á la Soberana Señora de Guadalupe, y no haberse ahogado en una hora entera, cuando lo contrario era lo natural: ¿qué puede ser sino milagro que obró el poder de Dios por la invocación de su Madre bendita, en su maravillosa Imagen de Guadalupe? Esto han sentido todos los que han sabido el caso y sus circunstancias; esto sienten la dicha señora y su marido, devotos de su Imagen y Santuario; esto, á mi parecer, los Superiores, que han permitido poner el suceso pintado en su Iglesia, para memoria y reconocimiento del milagroso favor. Y el no haberse hecho información (como parece era bien hacerse para lo venidero) ha sido, porque la notoriedad y sus circunstancias, á vista de toda la plaza y concurso en ella de México, sirven de legítima probanza, de suerte, que ni se puede dudar del caso, ni dejar de atribuirlo la piedad de México, á su Patrona, la Soberana Señora de Guadalupe, que tanto se esmera en favorecerla. Con todo, yo escribo lo que pasó, y aunque creo del poder que Dios ha dado á su Santísima Madre para obrar maravillas y prodigios, que esto es lo menos que puede, me remito en la calificación y censura de este suceso, como ya protesté, á quien puede y debe ponerle el nombre que el caso merece,

para honra de la Benditísima Señora, y mayor crédito de su devotísimo Santuario, á cuyo honor, y gloria de su Unigénito Hijo Jesucristo Nuestro Señor, se han escrito estas obras maravillosas, que su poder se ha dignado obrar por la milagrosa Imagen de su Madre, que nos envió del Cielo al sitio de Guadalupe.

Y porque piadosamente entendemos, que desde la conquista, y aún antes, tuvo esta Soberana Señora escogido este puesto para teatro de sus misericordias para con esta Ciudad de México y todo el Reino, diré lo que hallé en uno de los doce libros que compuso el V. P. Fr. Bernardino de Sahagún, uno de los religiosos del Orden Seráfico que fundaron la fé en este Reino, al cual pasó el año de 1,529, dos años antes de la milagrosa Aparición de la Virgen, y de las cosas más notables de él, escribió una elegante y curiosa Historia, en doce libros, en idioma mexicano, en que fué eminente, y como él dice, los tradujo en lengua castellana; y unos y otros, por haber enviado por ellos el Señor Rey Felipe II, se los envió por mano del Virrey D. Martín Enriquez; y en el capítulo XXIV del libro I, testifica, que no supo más de ellos, ni en qué pararon. Tuvo este gran tesoro de noticias, el paradero que los innumerables de plata y oro que de Nueva España han pasado, que no sabemos qué ha hecho España de ellos, pues ni le lucen, ni parece que ya de ellos hay más que la memoria de haber ido de Indias. En 12 libros en que el autor escribe: *Trató de las cosas divinas y humanas, políticas y naturales que pudo en este Reino alcanzar*, sería posible hubiera escrito de esta Aparición milagrosa, como testigo ocular de ella. La providencia de aquel prudentísimo Rey nos los quitó, y su muerte nos sepultó las provechosas noticias que pudiéramos sacar de ellos.

De un cuaderno, pues, de estos doce libros, que por dicha quedó en este Reino, firmado del V. P. Sahagún (que también se lo llevó despues á España el Lic. D. Francisco Montemayor de Cuenca) sacó el M. R. P. Lector Fr. Esteban Manchola, el año de 1,668, certificado y firmado de su nombre, un traslado que contiene todo el libro primero de dicha Historia, y en el capítulo 40 de él, en el principio, refiere dicho P. una maravilla por estas palabras:

Cuando ya los Mexicanos y Tlatelulcanos estaban muy angustiados, por verse acosados por todas partes de sus enemigos y no tenían posibilidad de huir, ni de resistirlos: dicen que un día, á puestas del sol, comenzó á llover una mollizna de agua, que tardó como dos horas; y despues de esta agua, sucedió luego un torbellino de fuego como sangre, envuelto en brasas y centellas, que partió de hacia Tepeyacac, (que es donde está ahora Santa MARIA de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hacia donde estaban acorralados los Mexicanos y Tlatelulcanos, y dió una vuelta por en derredor de ellos, y no dicen si los empeció algo, sino que habiéndolo dado aquella vuelta,

se entró por la Laguna adelante, y allí se desapareció. De la vista de este remolino y fuego, quedaron ellos muy espantados, y allí comenzaron á fabricar el negocio de rendirse á los españoles.

Hasta aquí el V. P. Sahagún, de cuyas palabras se infieren, para crédito de la Santa Imagen, las cosas siguientes: La primera, que cuando escribió la Historia sobredicha, que fué, por lo menos, antes del año de 1,580, pues certifica que la envió al Rey su autor, por mano del Sr. D. Martín Enriquez, siendo Virrey, el cual acabó de serlo el año de 1,580, en que le sucedió el Conde de la Coruña, y él pasó al Perú, eran ya el Santuario y la Imagen de Guadalupe célebres, pues para dar á conocer el cerro de Tepeyacac, dice: *que es donde está ahora Santa MARIA de Guadalupe*. La segunda, que llama al Santuario con el mismo nombre con que la Santísima Virgen dió orden á Juan Bernardino dýjese al Obispo se había de llamar, *Santa MARIA de Guadalupe*, que no parece es sin misterio, y que estaba muy impreso en aquellos primeros tiempos este título, con las mismas formales palabras que lo mandó la Señora. La tercera, que de aquel mismo paraje, en tiempo del asedio de México, los apartó la Santísima Virgen de la pelea contra los españoles, á fin de que no muriendo á manos de los españoles, vencidos, ó no pe- reciendo á sus manos los españoles, venciendo, asegurasen el bau- tismo que despues recibieron muchos de ellos, y con él alcanzasen la salvación eterna, les vino en esta ocasión el primer impulso y movimiento de entregar la Ciudad á los primeros conquistadores, de que se siguió la conversión de todo este Reino, y la eterna salud de innumerables indios que se han salvado, para que crea- mos que el puesto de Tepeyacac, que es hoy Guadalupe, lo tenía la Santísima Virgen destinado para hacer en él, y desde él, mi- sericordias y beneficios á México, á los naturales y á todo el Rei- no, como se ha experimentado y experimenta desde el año de 1,531, en que con su Alta Providencia puso en él esta Bendita Señora des- cubiertamente el sitio de su beneficencia, apareciéndose por sí, y por su Imagen milagrosa, en dicho puesto.

En la lluvia mansa que precedió al torbellino tempestuoso, pode- mos interpretar las benignas inspiraciones que por medio de sus án- geles de guardia, y por intercesión de la Virgen, les llovía Dios des- de que los españoles vinieron al Reino, para que se rindiesen y su- jetasen por medio suyo, al suave yugo de Cristo y de su Ley Santa; á las cuales, como no bastasen á mover su obstinación, aña- dió el Señor aquella tempestad sangrienta que amedrentándolos y acobardándolos, los ciñó y rodeó en contorno, hasta obligarlos á to- mar acuerdo de rendirse y de sujetarse, en que parece estaba signi- ficado el furioso huracán de la sangrienta guerra que D. Fernando

Cortés les movió, con que los cercó y apretó por mar y tierra no- venta y dos días, el cual desapareció luego que tomaron el sano consejo de entregarse á la clemencia del vencedor. Y que esta re- presentación espantosa no haya sido causa del demonio, sino de Dios, lo persuaden los buenos efectos que se siguieron de ella, con- virtiéndose y bautizándose todos. Y estos fueron los que fomentó y fomenta hoy la nube milagrosa de MARIA de Guadalupe en el cerro, y desde el cerro de Tepeyacac, en que desde su maravillosa Aparición, no cesa de llover misericordias y beneficios á México, en todos los milagros que he referido, y en muchos más que pudie- ra contar, y he dejado de propósito por no alargar esta Relación. Procuremos agradecer al Señor y á la Señora, á cuyo honor y ala- banza se han escrito estos pocos, los demás milagros que en su San- tuario se ven pintados en tablas, y se reconocen en mortajas, mule- tas, brazos de plata, piernas, cabezas y otros miembros del cuerpo, que son votos y presentes de beneficios recibidos por intercesión de esta misericordiosa Señora en su Imagen; caballos desbocados a- rrastrando sin lesión los ginetes; coches volcados y precipitados, que en cuevas y barrancas se han deshecho á golpes, sin daño de la gente que en ellos iba, etc.; que como Dios sabe el número y grandeza de los que ha obrado por la intercesión de su Santísima Madre y Señora Nuestra de Guadalupe, aunque yo no los haya puesto aquí, sabrá continuarlos en su milagroso Santuario y en su Imagen Bendita, de cuyo Patrocinio tenemos segura prenda en e- lla, por más de siglo y medio, y esperamos tenerla hasta la fin del mundo. Amén.

CAPITULO XXIX.

Pondéranse algunas circunstancias de la Aparición de la Santa Imagen.

Para complemento de aquesta Historia, me ha parecido a- ñadir algunas ponderaciones, que pudiera echar de menos en ella la devota curiosidad, divididas en tres §§ diferentes para más claridad.

§ I.

En varias partes de esta Historia se verá, que las Apariciones de la Santísima Virgen fueron en sábado, domingo y martes; cinco veces á Juan Diego, una á Juan Bernardino su tío; y si se cuenta la de la Santa Imagen, á cuya milagrosa Aparición se encamina- ron las otras, serán siete. Digo, que las que se apareció á Juan